

SÍNDROMES

Juan y Miguel trabajaban en la misma oficina. Una oficina moderna sin ventanas que abrir ni puertas que cerrar. Con altas paredes de cristal ahumado que dejan pasar cierta realidad y un revestimiento de plomo que deja pasar la luz pero no el calor del sol. La puerta de entrada está en un vestíbulo que impide que cuando se abre ésta haya corrientes de aire. Todo ese aire se recicla a través del sistema de ventilación, siempre y cuando no haya una rubia gilipollas que lo apaga porque, indefectiblemente, tiene frío en verano y calor en invierno.

Juan no fuma. Cree llevar una dieta sana y equilibrada. Bebe un litro de agua por la mañana y otro por la tarde. No se mueve de su sitio nada más que dos veces entre las ocho y las tres de la tarde. Las que son necesarias para rellenar su botella de medio litro que usa durante mucho tiempo. O a eso aspira siempre y cuando quién hace la limpieza no tenga a bien, o a mala idea, jubilar a la botella con un retiro en una negra bolsa de basura.

Juan tiene una extraña costumbre de adoptar posturas forzadas y de trabajar con las piernas muy encogidas. Es comprensible que no le parezcan inhumanas y denigrantes las distancias entre asientos en los vuelos en la clase turista. Él siempre mete sus pies hacia atrás y los apoya en la araña que conforman los brazos de su silla con ruedas. No necesita realmente espacio para su rodillas. No se separa de su pantalla y a veces su teclado echa humo.

Miguel por su parte no se cuida en exceso. Fuma, bastante, bebe, se toma su tiempo con las cosas y pocas le alteran. Sale a la calle cuatro o cinco veces al día a fumarse un cigarro. A la vez respira, paradojas, aire fresco y el paseo desde su puesto de trabajo hasta la calle le suponen más de cien metros de andarina total sin quererlo.

Así van pasando los días. Juan se cuida. Gracias a las leyes no tiene que tragarse el humo de Miguel. Pero a Juan muchos días la pachorra de Miguel y sus salidas a fumar no le gustan y a veces cabrean. Así termina tensionado muchas jornadas mientras Miguel se va fresco como una lechuga. Ya habrá cosas fuera del trabajo por las que preocuparse.

Un buen día Juan se encontró mal. No sabía que le pasaba. El caso es que sintió un dolor en el pecho. Se fue acentuando, su piel se tornó azulada hasta que perdió el conocimiento. Fallo cardiaco fulminante sin despedirse de nadie. La autopsia fue clara. Síndrome de la clase turista o tromboembolismo pulmonar. Poco más de 40 años le contemplaban.

Miguel murió 45 años después que Juan. Insuficiencia respiratoria, sus pulmones negros como un tizón, su hígado castigado por años de alcohol aunque sin mayores excesos. Un simple catarro se lo llevó un día de otoño que vino más frío de lo normal. Síndrome de tabaquismo le habían diagnosticado pocos días después del súbito fallecimiento de Juan. Cuestión de síndromes.